

## El dorado león está dormido

Por Marsolaire Quintana\*



Una vieja escalera de madera cruje. Sus estridencias chocan y se devuelven, trayendo consigo ecos de una época disonante, tan lejana como la misma fundación de la ciudad; y tan plena de fantasmagorías y misteriosos sucesos, que sería imposible escapar a la fascinación. Sólo se sabe que, además del quejido de antiguas estructuras, un sonido persistente envuelve al visitante: es la respiración serena que produce el sueño de una bestia arquitectónica. El León de Oro, el hotel que otrora alojara a ilustres huéspedes, amenaza con despertar.

Ubicada en la manzana conformada por las esquinas de San Jacinto, Dr. Paúl, El Chorro y Traposos, fue una edificación de suma importancia urbana hasta 1920, y ha devenido objeto de discretas pero enconadas polémicas en torno a su conservación. La anhelada manzana de oro mitológica se ha transformado en codiciado León de Oro patrimonial.

Una noche de 1986 se escuchó la explosión de una fábrica de detonantes situada en el Pasaje Linares, la edificación contigua al hotel. El infausto incendio causó daños considerables pero dejaría a la intemperie un conjunto de arcos de medio punto que, sin a lugar a dudas, pertenecieron a un antiguo convento. Aquello sería el inicio de una apasionada investigación histórica que derivaría, primero, en su declaratoria en 1999 como Conjunto Urbano San Jacinto; y, en 2005, el embargo de toda la estructura por parte de la Alcaldía Mayor.

Encapsulado en un contexto de ruido, tráfico vehicular denso y buhoneros, una enorme valla protectora esconde las labores que desde hace unos meses se efectúan. Como si se tratase de un parabán divisorio, aisladas están las paredes del coloso, atribuido

al arquitecto Alejandro Chataing. “De eso no hay comprobación aún”, sostiene la especialista Mariana Iribarren, encargada de realizar el estudio histórico de la edificación y de su contexto.

Según Iribarren, el edificio es una construcción de finales del siglo XIX (1890) realizada en el marco de la construcción del Pasaje Linares y sus propietarios originales podrían haber sido los señores José y Manuel Delfino, los mismos del Gran Hotel en la Esquina de las Carmelitas. El León de Oro, según investigaciones de Ciro Caraballo, había estado antes en la calle El Comercio, entrada de Caracas entre 1821 y 1876. Datos indican que una de las casas demolidas para erigir el novedoso establecimiento era de una pariente de los Delfino.

En plena época guzmancista el más lujoso de los alojamientos era el Hotel Klindt, ubicado en la esquina de La Torre. Más alejado del centro, el León de Oro ofrecía una pensión más modesta y económica. Pero cuando se celebró el centenario del natalicio de Bolívar sus dueños hicieron todo lo posible para remozarlo. Luego se mudarían a Traposos al nuevo edificio y tendrían una breve pero lujosa trayectoria, como señalan los hallazgos de Iribarren: “Edificio magnífico, primero y único construido de 4 pisos en Caracas. 50 habitaciones, 22 balcones a la calle, azotea desde la cual se domina toda la ciudad”, reseña el diario *El Tiempo*, en 1893.

“¿Cómo pude vivir tan largo tiempo en el Hotel de la Tuna de Oro, yo mismo no lo sé”, escribiría Julio Garmendia en su libro homónimo. Transformado el nombre por caprichos literarios, Garmendia describió el hotel, ya en descalabro, de una manera conmovedora: “Por el ancho portón se veía trepar la empinada y penumbrosa escalera. Era un descalabrado y desteñido caserón de tres pisos, que había sido muy bueno en otros tiempos, con alegres y espaciosos balcones siempre abiertos, y airosas y atrayentes balaustradas que le daban no sé qué gracia y ligereza a la fachada”.

El edificio no aparecerá reseñado en la Guía de León Van Praag de año de 1909, sin embargo su decadencia comienza a hacerse palpable hacia los años 20. El primer piso de doble altura, estaba destinado a locales comerciales como El Cirio de Oro, la Villa de Oro y el Gallo de Oro, este último perteneciente a la familia de Carmen Ramia, al igual que la casa en donde se construiría el Ateneo de Caracas posteriormente. Las habitaciones del hotel estaban ubicadas en el segundo y tercer piso y tras otras tres décadas más se convirtieron en una pensión de poca monta, una suerte de vecindario indigesto y extenuado.

Cuenta Iribarren que antes del terremoto de 1967, algunos artistas plásticos se instalarían en el tercer piso del viejo hotel, llamado en ese momento la casa de las “cuatro p”: policías, prostitutas, pederastas y pintores. Alirio Oramas invitó a habitar allí a Diego Barboza, Antonio Moya, José Ramón Sánchez, Víctor Hugo Irazábal, Roberto Obregón y Elba Damast. Aquel apodado grupo “El León de Oro” era visitado frecuentemente por Mario Abreu, Elisa Lerner, Elsa Gramcko, Manuel Quintana Castillo y Santiago Pol. De aquella experiencia surgió la exposición “Expansionista” efectuada en el Museo de Bellas Artes. Pero los bramidos del sismo ahuyentaron a todos los residentes y el dorado león quedó atrapado por la molición. Sólo las antiguas fotos atestiguan que, un lejano día, rugió con fuerza en medio de una de las más añejas aceras caraqueñas.

\*Publicado en *Exceso*. 2006.

Escrito por Marsolaire Quintana ©. Todos los derechos reservados.